

EL CONCEPTO DE CIENCIA ARISTOTELICO

Lic. Carlos Devandas

Todo conocimiento es conocimiento de algo. Por ello, plantear el asunto de lo que es ciencia para Aristóteles, debe partir de la elucidación de lo que es o puede ser conocido, y por otra parte, los pasos (subjetivos) de ese conocer.

Lo primero que existe es lo real. Esto no está en cuestión. Su verdad es su presencia. Ya Aristóteles ha roto el racionalismo Parmenídico al aceptar como verdadera realidad, lo que se presenta a nuestros sentidos. Esto que se presenta a nuestros sentidos es individual; es la substancia; es decir, lo que es en sí y por sí.

Platón encontraba la explicación de lo real, de lo singular, a través del concepto de participación de esto real-individual, con sus "eidos" o esencias. Así, a cada cosa real correspondía una Idea; pero como todo lo que llamamos realidad es una multiplicidad en función de una totalidad, era necesario suponer que existían ideas como "aspectos", cosas y relaciones entre cosas existieran. Esto es calificado por Aristóteles como una duplicación innecesaria. Por lo demás, no se ve cómo se realice tal participación de lo real en lo ideal. Y, así, la crítica aristotélica alcanza niveles de virulencia. Si Platón no explica cómo es que lo real participa de lo ideal, entonces esta concepción es meramente metafórica; es decir, no explica realmente nada. Y definitivamente, como más tarde criticará Kant del argumento ontológico anselmiano, de la idea de algo no puede concluirse la existencia real de ese algo, y en el caso de Platón, la dualidad de "ideas" y realidades, pervive y no es explicada.

La respuesta aristotélica es opuesta a la platónica en este sentido. Lo individual, lo concreto, lleva en sí mismo los principios de su explicación. Lo concreto, lo individual, es un hecho; está ahí y está en movimiento. Pero el que esté en movimiento no significa que no pueda conocerse. Y en este momento Aristóteles deberá luchar contra la concepción heraclítea, según la cual, todo fluye, y al fluir, no permite un conocimiento definido de la realidad. Según la frase de Heráclito, nadie puede bañarse dos veces en el mismo río. Y, uno de los sofistas terminaba la idea, cuando planteaba que ni siquiera una vez podía bañarse uno en la misma agua.

Aristóteles descubre que a pesar del cambio, en la realidad hay algo que permanece lo mismo, y posibilita el cambio. Eso que permanece es la esencia del objeto. Este planteamiento se verifica en Aristóteles a partir de su concepción de los componentes de lo individual. Esto, lo individual es real, pero podemos distinguir en lo individual su materia; es decir, de lo que está hecho el objeto, y su forma o esencia; o sea, lo que define el ser del objeto, su producción y su para qué o finalidad.

Por otra parte, en el individuo podemos distinguir entre acto y potencia. Cuando el individuo "es", está en acto, y todos los individuos que "son", están, pues, en acto; pero lógicamente, en la medida en que no hay ninguna necesidad de que algo sea lo que es, y no otra cosa, podemos establecer la potencialidad de ser de la materia; en otras palabras, la posibilidad que tiene la materia de recibir diferentes tipos de formas. De esta suerte, realmente, la materia no existe como pura potencialidad, ni la forma como puro acto. Materia y forma son una unidad ontológica indivisible.

Qué tenemos, en resumen, frente a nosotros? Pues lo que tenemos son objetos individuales, síntesis de materia y forma, y son estos objetos individuales los que son percibidos, y a partir de los cuales se concreta todo conocimiento.

En resumen, a la separación Platónica de ideas y realidad, contesta Aristóteles con la concepción de la materia y la forma. No hay materia sin forma en los individuos, aunque gnoseológicamente, podemos distinguir ambos elementos. Por otro lado, para explicar que la realidad no es participación pasiva de las ideas, superpone Aristóteles la teoría del acto y la potencia. Toda materia es indeterminación de formas, pero potencia de las mismas, y por ello, aspiración al acto, en el que tales formas se realizan.

De modo que la explicación de lo real debe buscarse en lo real mismo y no en el "Topus Uranus" platónico, y esto real, que lleva en sí su explicación, está en movimiento, expresado en el paso de la potencia al acto.

Ahora bien, en la búsqueda de una explicación final de todas las cosas, o mejor, en la búsqueda de explicación del movimiento mismo de la realidad, Aristóteles plantea una concepción, quizás no justificada. Todo se mueve; pero se mueve porque es movido. Y lo que se mueve necesita, a su vez, ser movido; esto como se ve, nos lleva a la petición de principio. Por lo mismo Aristóteles busca otra forma de explicación. Todo se mueve, es cierto, pero se mueve en vistas a su fin, y en este su fin, alcanza su perfección, su pleno desarrollo, su pleno ser, su entelequia.

Esa perfección de la realidad termina en una realidad absoluta: en Dios. Pero Dios mismo no

es alguien que esté en movimiento, porque de estarlo, tendería a su perfección, y está supuesto que es la perfección misma. Por ello, Dios está quieto, inmóvil y es causa final de toda la realidad. Pero este ser causa final, es exactamente ser punto de convergencia de todas las formas de lo real. Dios es causa final de la realidad, si pero sólo si, en la medida en que la misma realidad tiende hacia su perfección. Dios es así, prácticamente una noción que explica la tendencia hacia el ser, que manifiesta toda realidad. En este sentido, Dios es totalmente trascendente a la realidad, y no es, por lo mismo, equiparable al Dios cristiano que es creador y que a través de la creación continua, mantiene una íntima relación con lo creado, y por lo mismo, aunque no es identificable con lo real, y es por ello, trascendente, no lo es absolutamente.

Como nuevo resumen, podemos decir que existen dos planos de la realidad; la realidad como conjunto de individuos y la realidad del ser como ser; es decir, como totalidad. Este concepto de ser puede equipararse al concepto de lo UNO. Y, esta identificación no es despreciable, si recordamos las teorías que plantea Plotino en las Enéadas, haciendo emanar (por hipostásis) de lo UNO toda la realidad.

Veamos ahora cómo se verifica el conocer científico en el ser humano, según Aristóteles.

El ser humano tiene sensaciones, es decir, el producto de relacionarse, en principio, con lo externo a él, a través de los sentidos. La sensación visual consiste en tener lo visto como tal. Cuando, por ejemplo, la visión de una cosa se repite y logramos mantener tal visión sin el concurso ya directo con el objeto, entonces, tenemos

experiencia. Así, la experiencia es básicamente el recuerdo (o memoria) de hechos repetidos, de sensaciones repetidas. De esta forma, de la relación de nuestros sentidos con los objetos individuales (sensación) llegamos, por la colaboración de la memoria, al recuerdo de varias sensaciones individuales (experiencia) y podemos formar, entonces, un juicio particular.

Ahora bien, cuando de una cantidad de experiencias separamos (abstraemos = separar) las notas semejantes o comunes a dichas experiencias, estamos formando un concepto o juicio universal. Es a partir de la existencia de estos conceptos universales que estamos en condiciones de comprender y saber. De manera que el saber queda definido como el conocimiento de lo universal, es decir, de lo que hay de común en diversas experiencias de las porciones de realidad de que se trate.

El conocimiento de lo universal es, pues, un ingrediente del saber o ciencia. Pero la sabiduría, además del elemento anterior, implica también el conocimiento de la causa de las cosas (cuatro causas: material, formal, eficiente, final. Conocer la causa de las cosas es saber de qué están hechas, cuál es su idea, esencia o sea, saber por qué es una cosa determinada y no otra; saber qué produjo esa cosa, y por último, saber para qué existe tal cosa, es decir, su finalidad, su bien, su entelequia.

Ahora, las causas de las cosas pueden ser muchas, pero hay unos elementos esenciales que son el núcleo básico de las diferentes causas. Estos núcleos esenciales son los principios, y entre más simples sean, es decir, entre más claros y distintos sean, más autenticidad tendrán como principios, porque será más fácil comprender como los diferentes objetos derivan su esencialidad de estos principios, se podrá captar mejor su relación o vinculación, y por lo mismo, su explicación.

Si la sabiduría, es entonces, conocimiento de las causas y los principios, estará en condiciones reales de enseñar lo verdadero del ser de las cosas, es decir, de su esencia. Y por lo mismo, al enseñar con precisión el que, el por qué, el para qué y el fin de un objeto y no, digamos lo accidental del objeto, enseñará real y verdaderamente, lo que el objeto es.

Tenemos, entonces, que la Sabiduría o Filosofía estudia las causas y principios de las cosas. Ahora bien, esos principios deben pertenecer a algo. A lo particular no pertenecen tales principios últimos y explicativos de las cosas, puesto que de igual manera sirven para explicar otras cosas particulares distintas de las anteriores. Entonces, deben pertenecer a lo Universal. Lo Universal es necesariamente único en la medida en que es precisamente un tal Universal en donde están reunidos los principios últimos y explicativos de las cosas. Así, lo Único, lo Universal y el Ser, son en este caso, conceptos sinónimos.

Así, la filosofía es ciencia del ser o de lo uno, pues aunque en la realidad existen muchos objetos, todos se explican desde el punto de vista de lo universal o de lo único, o Uno. En resumen, en lo Uno o en el ser está la causa y principio de todo. Y por ello es el ser o lo Uno o lo Universal el objeto de estudio de la filosofía que al estudiar el fundamento de las cosas se convierte en filosofía primera.

Repitémoslo, en lo Uno moran los axiomas o principios de las cosas, y por ello, es la substancia primera. Qué son en último término esos axiomas o principios buscados? Pues son principios lógicos que determinan la verdad de los enunciados. De esta suerte, el Ser, lo Uno, es en cierta medida la substancia formal inherente a la explicación de todas las cosas. Estos principios formales se ordenan jerárquicamente en función del mayor grado de verdad y el más verdadero es aquél sobre el que definitivamente no cabe equivocarse, y este principio base de todo conocer es anterior a todo conocer, y ese es, el principio de no contradicción que dice que: "... es imposible que el mismo atributo pertenezca y no pertenezca al

mismo sujeto al mismo tiempo y en el mismo sentido sin perjuicio de otras determinaciones que podría añadirse para impedir dificultades lógicas". (p. 29)

En resumen encontramos que el concepto de ciencia en Aristóteles tiene al menos dos momentos muy bien definidos. En primer término, es ciencia solamente el conjunto de conceptos universales que explican las cosas desde el punto de vista de la comunidad de elementos de los objetos singulares.

Pero hay unos principios o axiomas que son los que sustentan la posibilidad misma del conocer, y es en virtud de ellos, y a partir de ellos, que se logra fijar discursivamente el conocimiento de las cosas. Estos principios o axiomas no son indefinidos o extraídos de lo particular, de lo común de las cosas. Son principios supuestos, intuitivos y no demostrados. De suerte que tenemos principios lógicos que permiten pensar y simultáneamente tenemos experiencias de los objetos que nos posibilita formar conceptos de las cosas. Por lo mismo, aunque los principios son la base de la teoría o ciencia, no son los conceptos o teoría misma. De aquí que los conceptos como relaciones que son, en última instancia, del sujeto con el objeto, del pensar con lo pensado, expresado tal pensar en juicios, deben ser demostrados. La demostración científica por lo tanto no es en Aristóteles empírica, sino lógica. El presupuesto de que la realidad se entrega como tal a los sentidos, impide plantearse el problema de si en verdad lo que se capta sensiblemente es verdadero o no, o en qué grado lo es. De esta forma, aceptado que el conocimiento sensible es un hecho que nos entrega las cosas, se puede afirmar que según los objetos que sean se tendrán diferentes conceptos o premisas. Y, a partir de estas premisas, se deduce por reglas lógicas el cuerpo de las ciencias. De modo que el primer movimiento de la ciencia es inductivo: de lo particular a lo general, y el segundo es deductivo constructivo: de las premisas o conceptos abstraídos de lo real se infieren más conocimientos que serán verdaderos en la medida en que exactamente las premisas lo sean,

y las reglas lógicas estén bien afinadas.

La ciencia, entonces, es inductiva-deductiva, es conocimiento universal, y en esa medida, puede enseñarse.

Pero esta concepción de la ciencia, no es la concepción radical de Aristóteles. En efecto, para él la ciencia verdadera es aquella que tiene como objeto de conocimiento lo más Universal ontológicamente y esto, lo más Universal es el Ser, o lo Uno... y además, esta ciencia primera no se contenta con encontrar lo común que tienen o no tienen los diversos objetos. Esta ciencia primera pregunta por la causa de las cosas, y por su razón de ser, por su finalidad. De esta suerte la Metafísica será la ciencia por excelencia, pues nos permite conocer especialmente la realidad del ser en cuanto tal.

En resumen, las ciencias particulares explican los fenómenos y la realidad natural. Esta explicación de los fenómenos se produce sobre la base de preguntar por el qué, el por qué, el cómo y el para qué de lo real-individual. Y, también, la filosofía busca la explicación pero no ya de lo particular, sino del ser en cuanto ser, de la totalidad, y en cierta forma, en la medida en que todo está ordenado en virtud de su telos hacia Dios, culmina en Teología.

Esto dicho lo resume Mondolfo así: "...Aristóteles reafirma que el problema de la ciencia es justamente el siguiente: explicar los fenómenos y la realidad natural, y la tarea de la filosofía, por encima de las investigaciones particulares de las ciencias particulares, es la de indagar los principios y las causas de los seres en cuanto seres". (pág. 290, Mondolfo R., El pensamiento antiguo, Losada, Buenos Aires, 1974, Séptima edición, Tomo II).